MENSAJE EN LA CELEBRACIÓN DE LA ORDENACIÓN EPISCOPAL

Mons. Julio Larrondo Yáñez

Santuario Inmaculada Concepción, Cerro San Cristóbal
Santiago, 26 de septiembre 2020.

Muy queridas hermanas y hermanos:

1. Ante este grande, misterioso e inmerecido regalo de Dios a nuestra Iglesia y a mí en particular, después de haberme hecho su hijo y discípulo misionero de Jesús por el Bautismo y ahora en el ministerio episcopal, quiero iniciar mis palabras compartiéndoles lo expresado por el Apóstol Pablo a su colaborador y hermano obispo Timoteo:

> *"Te recuerdo que avives el carisma de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. Pues el Espíritu que Dios nos dio, no es de cobardía, sino de fuerza, amor y templanza. No te avergüences de dar testimonio de Dios…; antes con la fuerza de Dios comparte los sufrimientos por el Evangelio. El nos salvó y llamó con una vocación santa, no por méritos de obras nuestras, sino por su designio y gracia que se nos concede desde la eternidad en nombre de Cristo Jesús y que se manifiesta ahora por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús, el cual ha destruido la muerte e iluminado la vida inmortal por medio de la buena noticia. De ella me han nombrado heraldo, apóstol y maestro"* (2 Tim 1,6-11).

Las palabras de san Pablo me animan a ser fuerte y a asumir con valentía y humildad este ministerio, sabiendo que el Espíritu Santo, que hoy se ha derramado de modo tan singular en mí, me ha ungido fortaleciéndome en la fe, la esperanza y el amor para anunciar el Evangelio como "heraldo, apóstol y maestro". Esta vocación viene de Dios, sin ningún mérito de mi parte, y esta convicción me da mucha confianza en que Él actuará en mí.

2. Estoy consciente que esta misión episcopal la asumo en tiempos atravesados por grandes crisis que nos afligen a todos.

Nuestra Iglesia vive momentos de contrastes. Florece un laicado cada vez más maduro, la Palabra de Dios es leída en los hogares, la "cultura del buen trato" se va construyendo, somos más conscientes de un clericalismo no saludable, hemos trabajado con otras Iglesias, juntas de vecinos y organizaciones para ayudar a los más pobres, muchos sacerdotes, diáconos y laicos han estado acompañando a los contagiados y sus familias. Uno plantó, otro regó, y Dios está haciendo fructificar el ciento por uno (1 Cor 3,6).

Pero también, llevamos a cuestas la triste experiencia de los abusos de poder, de consciencia y sexuales que han provocado tanto dolor, primero en la víctimas y sus familias y luego también en todo el cuerpo eclesial. Estas experiencias nos han llevado a revisar nuestras formas de acompañar al Pueblo de Dios, deseando arrancar de raíz las situaciones que permiten estos abusos. Sé que aún nos falta mucho por hacer, junto con prevenir para que nunca más vuelvan a repetirse estos abusos. Este escándalo que nos avergüenza, además del dolor que conlleva, ha provocado en muchos la pérdida de la fe, el alejamiento de la Iglesia y nos ha hecho menos creibles. Al iniciar este ministerio quisiera pedir perdón a quienes han sufrido por estas situaciones, como lo ha hecho la Iglesia en el último tiempo partiendo por el Papa Francisco, y colaborar en todo lo posible con la debida reparación. Se que es una herida que costará cicatrizar y la asumo como un desafío que debemos seguir abrdando como Iglesia, de manera sinodal y con real decisión y prontitud. Si creemos que Dios conduce la historia y nosotros colaboramos con su voluntad saldremos de esta crisis más fortalecidos, más humanos, más cristianos.

A nivel País, el estallido social del 18 de octubre pasado, seguido por la pandemia del Covid-19, nos ha mostrado otra vez la crudeza de la pobreza y la miseria, fruto de una permanente e institucionalizada desigualdad e injusticia social. Junto a las legítimas demandas de la mayoría, ha habido también violencia irracional, delincuencia, vandalismo y destrucción. Toda esta situación, a la que se suman situaciones de corrupción, ha agudizado la desconfianza en instituciones importantes de la sociedad y provocado un clima de incertidumbre ante el futuro. Como tantas veces en la historia, los más pobres y los sectores vulnerables son los mayormente perjudicados. En muchos hogares hay familias que pasan hambre y sufren problemas de cesantía.

Por contraste, para la gran mayoría de las personas en todos los niveles sociales, el "despertar social" se ha ido expresando en el deseo de manifestarse pacífica y constructivamente, aportando propuestas concretas en pro del Bien Común y buscando mayor dignidad e igualdad. Crisis social y pandemia han generado una variada creatividad y nuevos esfuerzos solidarios; conmueve tanto voluntariado y la participacion de los jóvenes en la vida política, social y cultural; ha sido admirable la generosidad y heroísmo de los funcionarios de la salud, bomberos, juntas de vecinos y organizaciones sociales. El "despertar social" y la crisis sanitaria, pueden

dar lugar a un anhelado *despertar de la esperanza*, de *la fratermidad* y de la *dignidad*, tres palabras que reflejan hoy el alma de Chile.

3. En este escenario de contrastes, intentaré hacer mía la actitud de Jesús en la Última Cena cuando, al lavar los pies a sus discípulos, les mostró que no hay amor más grande que dar la vida sirviendo a los demás (Jn 13,1-17). Por eso he escogido como mi lema episcopal: "**Estoy entre ustedes como servidor**".

Estoy entre ustedes como servidor, comprometiéndome hoy como obispo con la tarea pastoral de nuestra Iglesia presidida por el Papa Francisco, quien nos empuja con gestos y palabras a ir *en salida*, poniendo en práctica una efectiva Comunión Misionera. "Fiel al Modelo del Maestro es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin ascos, sin miedo" (EG 23). Esto implica una revolucionaria "conversión pastoral" (EG 25) que lleve a que todas las estructuras de la Iglesia se transformen en instrumentos adecuados o cauces expeditos para la "evangelización del mundo actual, más que para la auto preservación" (EG 27).

Estoy entre ustedes como servidor, sabiendo de que para adherir a esta Comunión Misionera debo estar en sincera comunión y lealtad con todo el Pueblo de Dios, el Papa Francisco, la Conferencia Episcopal de Chile, nuestro Arzobispo Celestino y mis hermanos Obispos Auxiliares Cristián y Alberto.

Estoy entre ustedes como servidor para vivir en Comunión Misionera y quisiera invitar a los agentes pastorales laicos-as, laicas-os consagrados, religiosas, diáconos permanentes y esposas, seminaristas y formandos-as, al igual que mis hermanos sacerdotes religiosos y diocesanos, a que sigan viendo en mí un hermano y amigo, cercano y sencillo como me conocen, con el cual podrán contar en todo lo que les pueda ser útil, tanto en lo personal como en sus Comunidades y Movimientos Apostólicos y de Espiritualidad. Me inspira el testimonio de don Enriqe Alvear, "Obispo de los pobres". Quisiera como él vivir pobre entre los pobres, aportar la renovación eclesial y sentarme a la mesa con ustedes para compartir la vida, la fe, una taza de té y un pan tostado con cariño, como él solía hacerlo cuando se "autoinvitaba".

4. Las inéditas circunstancias actuales, como un signo de los tiempos, nos han llevado a que yo fuera consagrado hoy en este Santuario dedicado a la Inmaculada Concepción de María, en la cima del cerro San Cristóbal, lugar ícono de la ciudad de Santiago. Desde aquí la Virgen mira la ciudad, a Chile entero y hace más de un siglo recibe a millares de peregrinos que vienen con sus ofrendas y ruegos. Ella, la discípula misionera, servidora por excelencia, la Madre del Consuelo y de la Esperanza, especialmente en estos tiempos duros que vivimos, los abraza y anima.

Hoy, con emoción y humildad,
como un peregrino más, llego a ti Virgen María
bajo la advocación de la Inmaculada Concepción en este santuario,
a quien rezo también como María de Guadalupe,
y te pido que ruegues para que este obispo, que nace bajo tus pies,
sepa poner en práctica las palabras que dijiste
a esos servidores un día de encuentro matrimonial y familiar
en Caná de Galilea: "Hagan lo que Él les diga"(Jn 2,5).

Te pido con fe, confianza y esperanza
que me ayudes a vivir mi sueño de pastor,
imitando un poco a tu Hijo el Buen Pastor
que no vino a ser servido sino a servir.

Amén.

5. Termino agradeciendo a Dios que se ha fijado en mí para este servicio. Me esforzaré por ser fiel con su ayuda de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sr. Nuncio, gracias por su presencia y exprésele mi cariño y gratitud al Papa Francisco.

Gracias don Celestino por haber impuesto hoy sus manos sobre mí haciéndome obispo. Cuente con mi apoyo y colaboración.

Gracias don Alberto y don Cristián, necesitaré mucho su ayuda fraternal, lo mismo que de mi otros hermanos obispos.

Gracias a mi familia, en particular a mi mamá, hermana y hermanos. Ustedes han sido muy importantes para mi desarrollo como persona y como cristiano. Un recuerdo afectuoso a mi papá que desde el cielo me estará ayudando.

Gracias a los formadores, profesores y personal de servicio del Seminario Pontificio y acompañantes espirituales que he tenido y aún tengo.

Gracias a las comunidades donde he servido y aún sirvo como Párroco: San Gabriel, Seminario, Jesús de Nazareth, San Luis Beltrán, N.S. de Lourdes. Ustedes me han ayudado mucho a ser pastor.

Gracias al Equipo de la Vicaría para el Clero con quienes compartí mucho tiempo. A los trabajadores de la Vicaría de la Zona Sur un gran abrazo de cercanía y gratitud a esa hermosa Zona a la que he servido por ahora de manera tan virtual.

Gracias a tantos y tantas por acompañarme esta tarde de primavera través de los medios virtuales. Que toda esta gratitud que siento, quieran ustedes transformarla en oración por mí. De verdad que la necesito.

Qué Dios, rico en bondad y misericordia, los acompañe y bendiga siempre.

Muy buenas tardes.